

Dudas sobre el "sí, podemos"

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 1.11.09

Se ha dicho con frecuencia que en la política exterior de una gran potencia puede cambiarse el lenguaje, pero difícilmente escapar a las líneas maestras de la proyección exterior. Incluso, que ya Bush en el curso de su segundo mandato (2004-2008) había procedido a correcciones en su política exterior que se acercaban en cierta manera a los propósitos de su sucesor. Por ejemplo, respecto a Iraq y Afganistán. Cabe matizar notablemente estos criterios, hasta desmentirlos en su sustancia. Pero no va descaminado quien los tenga en cuenta.

Ocurre así, sobre todo porque, más que como promotor de vistosos cambios, se ve en el presidente Obama un comportamiento calificable de sabiamente reflexivo y prudente, pero al mismo tiempo como síntoma de una sospechosa vacilación hamletiana. Por no hablar de quienes le acusan ya de ser francamente incapaz de tomar decisiones, de debilidad o pasividad frente a los conflictos que se van enquistando o engrosando peligrosamente. Durante la campaña electoral, cuando se enfrentaba a Hillary Clinton para obtener la candidatura demócrata a la presidencia, la senadora le atacaba por falta de un historial político suficiente y, como otros, por idealista, con ribetes de ingenuidad. Y en una reciente encuesta, un 52 por ciento de los norteamericanos estima que se va a un nuevo Vietnam en Afganistán, el 59 por ciento está contra el envío de más tropas allí y el 68 por ciento considera imposible formar un gobierno estable en Kabul.

Calibrar estas dudas sobre la actitud de Obama es de todo punto necesario. Y la oposición republicana se encrespa con creciente acoso. El ex presidente Carter dijo que a Obama le mueve un "idealismo constructivo", fórmula que queda bien sin llegar a cuajar en una interpretación concreta. Pero del lado de enfrente político llegan criterios mucho más definidos, expuestos con saña. En lo cual va por delante con brío el ex vicepresidente Cheney. El actual inquilino de la Casa Blanca ha hecho hincapié en algunos de sus procedimientos: recurrir a la persuasión más que a la contraposición; buscar el consenso tanto en el interior, superando la acritud partidista, uniendo al país, como en el exterior, mediante la exclusión del unilateralismo y de la política de descalificaciones de Bush, aquello de los países contables en el llamado eje del mal.

Y Cheney ha salido en defensa de la política que preconizó bajo el mandato de Bush y contra la que propone Obama. Para el ultraconservador ex vicepresidente, garantizar la seguridad nacional "es una dura, implacable, cruel tarea". Y, en consecuencia, "Estados Unidos no tiene tanta necesidad de ser amado como de ser respetado". Un criterio que plantea cómo se debe interpretar dos conceptos sobre la presencia de Estados Unidos en el mundo como la gran potencia que todavía es: la idea forjada tradicionalmente del destino manifiesto, que puede entenderse en el sentido de que Estados Unidos es históricamente un modelo para el mundo por las instituciones democráticas creadas por los padres fundadores en el siglo XVIII. Y también como la misión de fomentar y expandir o constituirse en defensor de este modelo en el mundo que Bush entendía como el derecho a la acción unilateral, incluida

la guerra, y Obama como la conveniencia de que prevalezcan la multilateralidad y el diálogo.

Sin embargo, los dos conceptos van más unidos de lo que parece en cuanto implican la convicción de que a Estados Unidos le corresponde una misión mundial que Obama asume plenamente. Lo ha dicho con absoluta claridad: "Tenemos al alcance un nuevo amanecer del liderazgo americano". Un liderazgo que fue creciendo a lo largo del siglo XX, especialmente en dos extraordinarias efemérides; la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y el derrumbamiento de la Europa comunista, ocasión esta última en que Estados Unidos pasó a tener la condición de única superpotencia.

Lo cual, pasados varios años, aparece como una ciega ilusión. Los más recientes acontecimientos lo demuestran. En Afganistán, Iraq y Pakistán, atentados terroristas han ocasionado centenares de muertes y heridos. Irán juega al escondite sobre si piensa dotarse de armas nucleares, e Israel no hace ningún caso a la demanda de Obama de que congele el crecimiento de los asentamientos judíos en Cisjordania, mientras en el mundo musulmán se enfría la esperanza que encendió el discurso de Obama pronunciado el 3 de junio en El Cairo. Y Turquía toma posiciones por su cuenta en las áreas de Oriente Medio y del Cáucaso. Estados Unidos ve crecer y necesita entenderse con China, Rusia, India y Brasil en un mundo en que la gran potencia sigue presente, pero que ya no es el de la era americana.

Las preguntas se acumulan, apremiantes. ¿Resolvería algo aumentar en 40.000 hombres las tropas norteamericanas en Afganistán? ¿Es efectivo que el ejército estadounidense ya no patrulle por las ciudades iraquíes,

que esté prevista su no participación en operaciones de combate de aquí al agosto del 2010 y su retirada total del país a finales del 2011? Hasta la distinción de Obama entre la guerra "estúpida" de Iraq y la apropiada de Afganistán pierde sentido. La política exterior de Obama está sometida a duras pruebas en una época cada vez más orientada hacia desnudos cálculos de poder, tanto a escala regional como global. El "sí, podemos" era la voz tan necesaria de la esperanza. Pero comienza a urgir que se entienda como algo tangible.